

TORMENTA EN EL CERRO

Categoría: Adultos
Pseudónimo: Yo misma

Estoy en los olivos de Ajalvir, he subido huyendo de la agitación de mi vida para disfrutar de un rato de tranquilidad. Desde aquí, puedo ver en el horizonte la silueta de las torres Espacio, que sobresalen del resto de la urbe rectas y orgullosas. El cielo en estos momentos muestra un color azul casi transparente. A la derecha de las torres se dejan ver los perfiles de las montañas de la sierra de Guadarrama. Las cumbres tienen un aire pictórico, como en un cuadro recién terminado. El azul del cielo, los tonos grisáceos de las cumbres y el blanco nevado resplandeciente muestran las brechas que, de forma caprichosa, la naturaleza ha marcado es las rocas. Mi respiración es profunda y noto como el aire fresco y limpio corre por mi organismo hasta embargar de alegría mis pulmones.

Los olivos centenarios, testigos impasibles de los cambios estacionales, permanecen quietos y majestuosos. Sus troncos retorcidos están llenos de recovecos y sus ramas, vestidas de pequeñas hojas de color verde turquesa, ya están cargadas de aceitunas. Pareciera como si saludaran al cielo extendiendo sus ramas en agradecimiento por su inmensidad. En los huecos de los troncos, se pueden observar los juegos de algunos conejillos que se acicalan lamiéndose sus manitas.

Los campos de cereales que rodean los olivos ya han sido segados y ahora disfrutan de su merecido descanso hasta la próxima siembra. Su paz se ve rota por los juegos de conejos y liebres que saltan sobre ellos, mientras que bandadas de perdices van de un lado a otro recogiendo el pequeño grano que dejó el segador, haciendo cosquillas con sus patitas a la tierra que las acoge.

En el cielo hay varias aves de rapiño. Es una pena no saberlas distinguir, porque me gustaría saber cuáles son. Mientras las miro fijamente, se me ocurre que lo más seguro es que estén aprovechando las corrientes térmicas en su vuelo. Para ello, realizan grandes círculos con suma tranquilidad. Súbitamente, una de ellas detiene su danza aérea y cae en picado sobre un pobre conejo que anda distraído. Atrapa a su presa con sus poderosas garras, remonta el vuelo y desaparece en la lejanía. Las demás aves, viendo que su caza ha sido alertada, deciden aplazar su ataque. La tranquilidad del paraje ha desaparecido en un instante y cada pequeño animalillo ha buscado refugio, intentando alejarse del riesgo que supone estar a campo abierto con las rapaces sobrevolando su pequeño mundo. La vida sigue.

Por el cielo, a mucha altura, de vez en cuando surca algún avión que deja una estela blanca a su paso.

En la tierra, varios perros pasean junto a sus amos. Van felices moviendo el rabo y

pegan tirones de la correa que les une a sus humanos cada vez que ven algún animal correteando en el paraje.

A lo lejos, se ven algunas parejas jóvenes que pasean con sus hijos y disfrutan de la belleza del lugar. Todo es tranquilidad y armonía. En el horizonte, se empiezan a formar nubes grises cuyo color se oscurece poco a poco. Cada vez se acumulan más nubes, el cielo se torna negro y amenaza con transformarse en una tormenta descomunal. La brisa, antes cálida, gana virulencia y se torna fría en un instante.

Me estremece oír, aún distante, el primer trueno. Le sigue un relámpago que durante milésimas de segundo llena de luz la zona. Esta sucesión casi mágica trueno-relámpago se incrementa con rapidez, avisando de la peligrosidad de su furia.

Los perros tiran con fuerza, quieren huir del lugar. Los dueños casi arrastrados por sus canes corren cerro abajo buscando un refugio seguro. Las familias que habían salido a pasear corren con sus hijos más pequeños en brazos, mientras que los más mayores intentan agarrarse a sus padres de dónde pueden. A uno de los más pequeños se le cae un peluche que había cogido para que le acompañase en su paseo. Allí se queda olvidado, nadie se para a cogerlo del suelo.

- ¡Para, papi! Se ha caído Cosme y no sabe volver solo a casa.
- Cuando pase la tormenta, vendremos a recogerlo.- Le consuela su padre.

El cielo se ha quedado negro, ya no se vislumbra más que las lejanas y borrosas luces de las torres Espacio. La sierra ha desaparecido, ya no se ve el paisaje que me rodea. Todo está completamente a oscuras. Empieza a percibirse un profundo olor a humedad, respiro hondo, muy hondo. El petricor resulta muy agradable.

En un momento, noto la presión de la tormenta en mi cabeza. A continuación de un trueno descomunal, empieza a llover con una fuerza inaudita. Lluve como si no hubiera un mañana.

Me meto en el coche, lo arranco y veo que los limpiaparabrisas no dan de sí a la hora de desalojar el agua que cae sobre los cristales. Las luces apenas dan visibilidad a través de la cortina de agua. Además, me da miedo encontrarme con algunas de las personas que bajan corriendo. Podría haber caído alguna y no quisiera atropellarla en mi huida.

Dejo el coche y corro a refugiarme en la Ermita de la Virgen de la Espiga. He tenido suerte, la última persona que estuvo por aquí dejó la puerta mal cerrada, lo que me

facilita la entrada.

Me he mojado, me tengo que acurrucar en un entrante. He dejado la manta en el coche, porque pensé que se empaparía y no me serviría de nada. Cuando termine la tormenta, me dará mejor servicio.

Desde mi guarida, contemplo el espectáculo de luces y sonidos que me representa la tormenta. Veo aparecer y desaparecer los edificios en los breves momentos de luz que ofrece la sucesión de rayos. Rayos rojos, amarillos, algunos de color verde y esa inmensa cortina de agua que parece que todo lo cubre para purificarlo.

Aquí, desde mi rincón, observo un pequeño conejo. Está más asustado que yo. Me acerco, tengo idea de que si se deja coger nos daremos calor el uno al otro, pero se aleja de mí sin salir del recinto. Quieto en otra esquina intento ganarme su confianza durante un buen rato en el que no paran de sonar terribles truenos. Intento cogerlo, pero se escapa de nuevo. Ya me tiene un poco harto tanto paseillo por el lugar. Finalmente, me agacho y tiendo los brazos para capturarlo, pero se muda. Tiene más reflejos que yo. Con el ejercicio de intentar atrapar al gazapo, he entrado en calor.

- ¡Que te den!- le digo. -Esta es la última vez que intento cogerte. Si no te dejas, peor para ti. - Y para mí, por supuesto.

Parece que me ha oído, o quizás estuviera más cansado que yo del jueguito de ir de rincón a rincón, porque al final he podido cogerlo. Le he acariciado, al principio se revolvía un poco, pero al final se ha quedado quieto, como si estuviera escondiéndose de alguien y no quisiera hacer ruido.

Me siento, le acomodo en el regazo y le sujeto con firmeza. Parece que le va a explotar el corazón. Sin embargo, no tarda en relajarse. Poco a poco, van descendiendo las pulsaciones. Creo que se encuentra a gusto. Yo también. Empieza a dar calorcito.

Afuera sigue la tormenta: más truenos, más agua. ¡Madre mía! Y yo aquí con el conejo. ¿Aq uién se le puede contar esto? Se va a reir de mí y de esta situación tan ridícula. Sigue lloviendo. Fuera de la ermita todo es una balsa de agua. Aquí pasamos, el gazapo y yo, las dos horas que dura la tormenta.

Ha dejado de llover. El cielo ha retomado su tono azul oscuro, porque ya está muy entrada la noche. Ya se pueden ver en el horizonte las luces de las torres Espacio y las de otros edificios altos que las rodean. El cielo está cristalino. Vuelve a verse con

nitidez el perfil de la sierra.

No se puede salir todavía, tengo que esperar a que baje un poco el nivel del agua si no quiero salir nadando hacia el coche. ¡Ahora a ver cómo salgo de aquí! Se me va a quedar atascado en el barrizar que se habrá formado en los caminos.

No suelto al conejo, permanece quieto. Está calentito y yo también. Así, dejo pasar un par de horas más sentado en mi rincón con el conejo en el regazo.

Ya parece que se puede salir, por lo menos hasta el coche. Dejo al conejo pegado al tronco de un olivo para que se busque la vida. Se queda quieto mirándome y pienso que tendrá hambre.

Me meto en el coche y arranco, miro hacia donde dejé al conejo, allí sigue. Me bajo del coche y me despido:

- Bueno, amigo, ha sido un placer pasar el rato contigo, pero he de volver a mi rutina. En casa, estarán preocupados por mi retraso, nos veremos cuando vuelva por aquí.

Me vuelvo a subir al coche, vuelvo a mirar al tronco del olivo, pero el conejo ya no está, se ha ido.

Retomo mi camino de regreso a Ajalvir. Bajo muy despacito, porque el camino está lleno de surcos, piedras sueltas y arroyuelos por donde desciende el agua buscando las partes más bajas para seguir su curso. Mi coche experimenta algún resbalón que otro, por lo que pongo especial atención y conduzco con mucho cuidado.

¡Por fin! Ya estoy en la carretera de Cobeña, cruzo y ya estoy en casa. ¡Cuánto placer proporciona reencontrarse con la vida tranquila!